

CARTA VIGÉSIMAPRIMERA.

SUMARIO: El hombre en el cielo, en cuerpo y alma.—Satisfacción general de todo su sér.—Goces particulares de cada sentido.—Placer de la vista.—Bellezas de la tierra de los vivientes.—Idem de sus habitantes.—Nuestro Señor.—La Santísima Virgen.—Los Angeles.—Los Santos.—La naturaleza.—Autoridades de Padres y Doctores.

QUERIDO AMIGO:

Debo responder á la pregunta con que dí fin á mi anterior carta. Mas ¿cómo decir los goces que están reservados al hombre en la tierra de los vivientes? A juicio de San Pablo, que los había visto con sus ojos, son indescriptibles. Veamos, no obstante, si podemos tartamudear alguna cosa.

Te he hablado ya de los goces del alma; réstanos explicar los del cuerpo. En el cielo, nuestros cinco sentidos vivirán con la plenitud de la vida; cada uno de ellos, por consiguiente, gozará de las satisfacciones que le son propias. Tú lo comprendes muy bien. Por una parte, después de la resurrección, el hombre estará en el cielo, no mutilado ni amino-

rado, sino íntegro y perfeccionado en todo su sér. Por otra, los sentidos, igual que el espíritu y el corazón, no estarán solamente en potencia, sino en acto; y la razón es, que una facultad en acto es más perfecta que no en potencia, y que, como todos los sentidos del cuerpo han sido instrumentos del alma, serán recompensados según los méritos de la misma ¹.

Veamos ahora, querido amigo, si de nuestro estado actual podemos sacar alguna idea de esta incomprendible felicidad. Para cada uno de sus sentidos experimenta el hombre deseos que acá abajo nada puede satisfacer, y así son para él un tormento. Menester sería

¹ «Corpus præmiabitur vel punietur propter merita vel demerita animæ; ergo et omnes sensus præmiabuntur in beatis». (S. Thom., *Suppl.*, q. 82, art. iv.)—«In cœlo terra quædam est, at non crassa, opaca et terrestris; sed subtilis, lucida et cœlestis. Ibi enim est paradus rosarum, liliorum, gemmarum, omniumque deliciarum, at non terrestrium, sed cœlestium, quæ mire oculos sensusque beatorum oblectant; alioquin enim corpora sensusque beatorum, quæ tam dura, immo martyria atrocissima passa sunt in hac vita, carerent meritis suis oblectamentis, solæque animæ et mentes eorum essent beatæ: quod est absurdum». (Corn. a Lap., in *Matt.*, v, 4.)

escribir la historia del humano linaje, desde la primera página hasta la última, si se hubiera de referir lo que el hombre ha hecho por dar contento á sus sentidos.

¡Cuántas vidas consumidas, qué ríos de lágrimas derramadas, qué crímenes cometidos, qué montones de oro sacrificados á trueque de comprar el placer de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto! Pues este placer, que con nada se puede comprar ni vender en el mundo, lo tendremos en el cielo. Digo mal: el cielo es ese mismo placer, elevado á su perfección, sin mezcla de imperfección ni vicisitud.

Primeramente, *placer de la vista*. La tierra de los vivientes es la tierra de la hermosura y de la luz. Todo es en ella hermoso con hermosura perfecta. Todo es en ella lúcido, y con luz tal, que el ojo de sus felices moradores, si no estuviera dotado de inmensa potencia visiva, no podría, ni siquiera un instante, sostener su resplandor. Verá el ojo, no sólo sin cansancio, mas con indecible placer, esa bendita tierra de los vivientes, inundada de luz, y que el discípulo amado ha procurado dejarnos descrita en estos términos:

«El ángel me trasportó á un monte grande

y alto, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén que descendía del cielo, de la presencia de Dios. Y estaba iluminada de la claridad de Dios; y la luz de ella era semejante á una piedra preciosa de jaspe, á manera de cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles... Y el material del muro era de piedra jaspe; mas la ciudad era oro puro, semejante á un cristal limpio»¹.

¡Gran Apóstol, bendito seas! Al oírte contar eso, nace en el corazón un vivo deseo de habitar en esa ciudad venturosa. Sin embargo, las bellezas que describes son nada comparadas con la realidad. Solamente por acomodarse á nuestras menguadas inteligencias, el Dios que te inspira habla de oro y de piedras preciosas, porque aquí en el mundo no conocemos nada más brillante y hermoso.

He ahí, pues, al hijo de Dios, al heredero de su Padre, al coheredero de su hermano mayor, que es Jesús, llegando á las fronteras de la tierra de los vivientes. En un abrir de ojos la ve toda, y sabe que esa tierra es suya, y que será su morada por toda la eternidad. ¡Qué espectáculo y qué emociones!

¹ Apoc., XXI, 10-18.

Si al ver la magnificencia de Salomon quedó tan sorprendida la reina de Sabá, que perdió la respiración; en presencia de las deslumbradoras maravillas de la tierra de los vivientes, morada del verdadero Salomon, se moriría el justo instantáneamente si todo su sér, fortalecido por el divino poder, no estuviera en armonía con este inmenso peso de gloria.

En medio del Océano de luz y de hermosura que encanta sus miradas, aparece una hermosura superior á todas, y que le deja asombrado: es la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Delante de sí tiene al más hermoso entre los hijos de los hombres, al tipo de la hermosura, según el cual fué modelado Adán, obra maestra de la creación visible, y nosotros hemos de ser reformados. Le verá, y le verá SIEMPRE. Se aproximará á él y se pondrá junto á su trono, y hablará con él familiarmente, como un hermano habla con un hermano.

Junto al nuevo Adán está la nueva Eva, cuya hermosura eclipsa á la hermosura de todas las vírgenes y las gracias de todas las mujeres que ha habido y habrá en el mundo. La verá, estará cerca de ella, y la hablará familiarmente, como un hijo habla con su madre.

Alrededor del rey y la reina de la espléndida ciudad, formados en hermoso orden, radiantes de luz, brillando con bellezas incomparables, están los coros angélicos, afales y fraternalmente benévolos para él. Los verá, se juntará con ellos y conversará familiarmente, como un amigo conversa con sus amigos. Para que la satisfacción de la vista sea completa, se cree, mi querido Federico, que los ángeles tomarán cuerpos aéreos, como lo han hecho muchas veces. Esta forma sensible, cuya maravillosa hermosura no se puede describir, permitirá á nuestros ojos gozar de los encantos incomprensibles de esas sublimes inteligencias, que son, después de María Santísima, las más bellas criaturas que la omnipotencia del Criador ha sacado de la nada ¹.

Con los ángeles, el Santo se verá á sí mismo en su propia carne. Pero ¡qué diferencial! No habrá ya en su cuerpo debilidad orgánica, ni deformidad alguna, ni enfermedades, ni belleza imperfecta, sino todas las gracias

¹ Acaso con el mismo fin de que sea completa la dicha del hombre, el Padre y el Espíritu Santo se dignarán también, á lo ménos alguna vez, mostrarse á sus amadísimos hijos bajo alguna forma sensible. (Véase á Corn. a Lapide in *Isai.*, xxxiv, 14.)

de la juventud con toda la robustez de la edad madura. Reformado su cuerpo con arreglo al modelo del de Jesús, será tan bello y lúcido, que el mismo sol no le llevará ventaja en brillo y hermosura: esta es la verdad.

Tú sabes que el cuerpo del Salvador le pareció un día á San Pablo más brillante que el sol de medio día. ¿Y no anunció el mismo Señor que *los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre?*¹ ¡Qué alegría cuando un elegido, que aquí fue un pastor ó un pobre obrero, vea sus pies, sus manos y todos sus miembros tan brillantes, que en ninguna parte necesite de luz artificial ni natural para alumbrarse!

Mas no sólo ha de tener la satisfacción de ver su cuerpo tan radiante de gloria; verá, igualmente, el de todos los elegidos, inmensa reunion de reyes y reinas de todas las naciones, trébulas y lenguas, que en oleaje ondulante llenan la extension incalculable de la tierra de los vivientes.

Si, pues, al salir el sol llena de regocijo á toda la naturaleza, ¿qué júbilo no causará á cada uno de los bienaventurados la vista de todos esos soles vivientes? Entre todos ellos,

¹ Matt., XIII, 43.

querido amigo, distinguiremos á nuestros parientes y amigos, y á todos los que en el mundo habremos amado ó les habremos auxiliado, ó de quien habremos recibido auxilio para sobrellevar santamente la pesada carga de la vida. Sí, los veremos y estaremos con ellos para no separarnos jamas. Con ellos trataremos cordialmente; ¿y cuántas cosas no tendremos que referirnos unos á otros?

Fuera de eso, en esta tierra de los vivientes no habrá más que Angeles y Santos. Allí toda la naturaleza estará llena de vida, incorruptible y radiante de hermosura. Te lo he dicho, en conformidad con San Pablo y con los santos Padres, y ahora te lo repito: la creacion material no será aniquilada, sino perfeccionada¹. Así, nada nos obliga á tomar en sentido figurado lo que la divina Escritura dice acerca de placeres sensibles reservados á los bienaventurados. Por eso, los ríos del Paraíso, los árboles, flores y frutos de que se ha hablado, pueden tomarse á la letra.

Así lo enseñan expresamente los más sabios doctores. «En la tierra de los vivientes, dice San Agustín, las rosas, siempre en flor,

¹ Medit., cap. xxv.

hacen una primavera eterna. La blancura de la azucena y el carmín del azafrán esmaltan el verdor de los prados. El bálsamo derrama allí sus perfumes, y de árboles siempre floridos penden frutos incesantemente renovados, que siempre se comen, siempre se apetecen»¹.

Y añade San Anselmo: «La tierra que tuvo en su seno el cuerpo del Señor será toda como un paraíso. Y por haber sido regada con la sangre de los Santos, será eternamente adornada de flores olorosas, de rosas y violetas, que nunca se marchiten»².

A estas autoridades podría añadirse la de gran número de teólogos sapientísimos, los cuales afirman sin vacilar, que despues del día del Juicio y de la purificación del mundo por el fuego, la tierra reaparecerá brillantemente adornada de flores y piedras preciosas, árboles, fuentes y otros adornos, para delicia de los Santos³.

La vista, pues, quedará plenamente satisfecha en la tierra de los vivientes. Por el de-

¹ «Resurrexit in Christo mundus, resurrexit in eo cœlum, resurrexit in eo terra. Erit enim cœlum novum et terra nova». S. Amb., *Lib. de Resurr.*

² *In Elucid.*

³ Véase Corn. a Lap., in II Petr., III, 13.

seo que acá nos devora de ver las hermosuras criadas, forma juicio, amigo mío, del inmenso placer que nos causará la vista de tantas bellezas, por todo extremo sorprendentes.

¡Qué largos viajes, molestos y dispendiosos, no se emprenden para ver cualquier sitio pintoresco, alguna ciudad célebre, alguna montaña muy elevada, ó cualquiera maravilla del arte! ¡Cuánto dinero no se gasta en dar una fiesta pomposa, un espectáculo brillante, en que se procura á toda costa reunir cuanto pueda halagar á los sentidos! El cielo nos proporciona todo esto, y mil veces más que todo esto, ¡y nosotros no anhelamos el cielo!

Mas yo no quiero dejarte encerrado en este humillante *nosotros*; sólo las almas pequeñas tienen pequeños deseos. Hasta la otra.

Tu afectísimo...